

Paul Aubert, *La civilización de lo impreso. La prensa, el periodismo y la edición en España (1906-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2021, 533 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.42.2022.1391-1396>

El historiador francés Paul Aubert, actualmente profesor emérito de la Universidad Aix-Marseille, pero que ocupó en su día puestos de dirección en la Casa de Velázquez de Madrid cuenta con un extenso currículum investigador centrado principalmente en la España del primer tercio del siglo XX, en las transformaciones culturales y políticas que iban en la dirección de la democratización y de la irrupción de las masas en la esfera pública, lo que le ha llevado a prestar una especial atención a aspectos muy relacionados entre sí –y más quizás en este periodo de transición- como son la opinión pública, la prensa y la edición y el papel o los poderes de los intelectuales, sin olvidar, por supuesto la actuación de los poderes públicos en lo que respecta a esos tres ámbitos, ya sea mediante la regulación legal de la libertad de prensa, la suspensión de las garantías constitucionales, la actuación de la censura o el recurso a medios venales que no se limitaron al conocido como *fondo de reptiles*. Pero sin descartar tampoco cuestiones como el todavía bajo porcentaje de población alfabetizada que obviamente recortaba las dimensiones de la opinión pública, la tendencia a la industrialización del sector periodístico y a la concentración empresarial, las variaciones en los costes de producción (el precio del papel, sobre todo) o el reparto de dinero a determinados periódicos y periodistas por parte de las embajadas de los países contendientes en la I Guerra Mundial, especialmente Francia y el Reich alemán.

Es sobre estas diferentes cuestiones sobre las que, grosso modo, trata este importante libro, con un añadido final que en principio el autor no pensaba haber incluido, si bien luego ha considerado que encajaba y completaba su estudio, referido al mundo de la edición y la lectura. El ámbito temporal abordado viene definido en el título del libro: 1906-1936, si bien Aubert se retrotrae a menudo a los últimos decenios del siglo XIX o, incluso más atrás, en parte porque los elementos que definen y condicionan a la prensa y al ejercicio del periodismo en el primer tercio del siglo XX se forjaron en buena medida durante la primera parte del periodo restaurador. De hecho, la Ley de policía de imprenta de 1883 estuvo vigente durante gran parte del periodo

estudiado, aunque con la limitación que supuso la Ley de jurisdicciones de 1906 o, más aún, la suspensión de las garantías tras el golpe de estado de septiembre de 1923. Luego el nuevo régimen instaurado en abril de 1931, pese a su genuina voluntad liberalizadora contemplaría también restricciones a la libertad de prensa, como la Ley de Defensa de la República.

El autor ha publicado, justo en el mismo año de edición del libro que estamos reseñando otra ambiciosa obra de más de ochocientas páginas en la que arranca de los años ochenta de la centuria decimonona aunque luego en este caso, no entra en la Segunda República. Se trata de *La España que pudo ser (1885-1931)*, que ha editado Tecnos. Estas variaciones en cuanto al periodo acotado no deben ocultar sin embargo que el principal asidero temporal de Aubert a la hora de afrontar sus investigaciones sobre la España anterior a la guerra civil de 1936-1936 ha consistido en los años que coinciden con la primera contienda mundial, 1914-1918 que contemplaron una significativa movilización de la opinión pública y en que los intelectuales, con sus artículos en la prensa o promoviendo ellos mismos sus propios órganos periodísticos –*España, El Sol*– aspiraron a influir decisivamente sobre el sistema oligárquico vigente y situar al país en la ruta de la europeización y de la democratización, aunque evidenciando dichos intentos graves limitaciones y contradicciones. Ese nudo histórico, la *Gran Guerra*, en la que España mantuvo la posición de no beligerante es, pues, la referencia principal, tanto para este libro sobre la prensa como en el caso de *La España que pudo ser*, en el discurso de Paul Aubert.

*La civilización de lo impreso* se organiza en cuatro partes, de las que daremos cuenta brevemente: en la primera, “Prensa y sociedad” hace una inmersión muy documentada y útil, haciendo gala de una información exhaustiva sobre la prensa realmente existente en el decenio 1906-1916 (en realidad el autor va más lejos), la de Madrid sobre todo, dedicando atención a la aparición de nuevos diarios como *El Debate* o *El Sol* así como a las revistas, entre las que concede más atención a las que dieron voz a una agrupación o a una corriente ideológica, como *España, La Pluma, La Gaceta de Literaria* o, ya en la República, *Cruz y Raya, Acción española, Octubre...*, en cuya génesis o su trayectoria se advierte mucho el influjo de determinados intelectuales. Se ocupa también de la crisis del papel en la que tiene un lugar determinante *La Papelera española* y el empresario Nicolás M<sup>a</sup> Urgoiti cuya gestión es inseparable de la penetración del capital en el sector periodístico que conduce a la transformación de la prensa así como del oficio de periodista bajo el criterio de la rentabilidad.

Un asunto clave en el libro (porque así lo fue en la época estudiada), que el autor presenta desde distintas perspectivas es el de la opinión pública, tan ligada a los proyectos democratizadores y a la función de la prensa y de los propios intelectuales. ¿Pero existía en la España de entonces? En busca de una respuesta, el autor repasa aspectos muy conectados, como el de la tardía y muy completa alfabetización, las encuestas promovidas por distintos órganos periodísticos sobre los problemas del país (y sus eventuales soluciones), la publicación de manifiestos que buscaban poner sobre el tapete un parecer nuevo, frente a la conformidad general..., pero también los frecuentes lamentos –caso de Araquistáin, por ejemplo- sobre el silencio de “un pueblo narcotizado” o las ironías sobre la “*noluntad* nacional” (Unamuno), de lo que en buena parte se culpa al Gobierno cuyas políticas se resienten a su vez ya que, aunque invoquen la opinión, no pueden valerse en realidad de su aprobación. La coyuntura de la I Guerra Mundial, la división entre germanófilos y aliadófilos constituyen un excelente banco de pruebas para sopesar esos dilemas y para escrutar la actuación de los intelectuales. Aubert, de todos modos, a pesar de reconocer la debilidad de la opinión pública sustenta una opinión positiva sobre los cambios acaecidos en esta etapa ya que a su juicio el debate en torno a la consistencia o la función de la opinión acabaría creando condiciones favorables al advenimiento, si no al funcionamiento de un régimen representativo.

Con la reflexión sobre el acontecimiento –distinto de la noticia- en cuya génesis y. estatuto influyen los intelectuales... mediante el comentario que suele acompañarlo, finaliza este capítulo que da paso a la segunda parte (“El periodismo”) que se abre con unas interesantes páginas sobre las corresponsalías en las grandes capitales europeas que empiezan a aparecer asiduamente en una serie de periódicos y que atestiguan la convicción que empieza a imponerse de que, para la modernización de España se requiere un conocimiento de primera mano del pensamiento y la realidad extranjeras. Así los corresponsales (Maeztu, Araquistáin, Corpus Barga, Madariaga, Sofía Casanova...) pasan a asumir el papel de intermediarios culturales que ofrecen una visión de la Europa industrializada y moderna, de Francia sobre todo, que contrasta con la ruralidad y el relativo atraso españoles. O que, durante los años de la contienda mundial, llevan a interrogarse sobre el sentido de la neutralidad hispana y sobre el porvenir de España. Con sus crónicas, además, se opera una mejora sustancial respecto de la visión fragmentada y de segunda mano de la realidad internacional que venían ofreciendo las agencias de prensa, en manos francesas sobre todo (Havas).

Bien es cierto que, desde las cancillerías de los países europeos beligerantes en la Gran Guerra existirá a su vez, un empeño consciente de influir sobre la opinión pública española, lo que ilustra Aubert con unas páginas realmente sabrosas sobre las subvenciones ocultas otorgadas por gobiernos como el alemán o el francés a un número considerable de diarios o revistas de nuestro país. Pocos quedarán fuera de esas redes lo que debe tenerse en cuenta a la hora de analizar las contrastadas posiciones adoptadas por la prensa durante el conflicto. Unas servidumbres, por otro lado, que nos ilustran sobre la precaria salud económica de numerosos medios.

Del oficio de periodista se ocupa también el autor, apoyándose en parte en las reflexiones de los propios profesionales, como *El arte del periodista*, de Rafael Mainar quien es consciente de la fase de cambio por la que atraviesa el periodismo, entre una concepción todavía romántica y el periódico de empresa a la moderna. Una profesión que aparece todavía como algo bastante indefinido, solapándose con la literatura o la política y que, en esta época sobre todo, es practicada por los intelectuales más descollantes cuya obra se compone en buena medida de artículos de prensa (no solo Unamuno o Azorín, sino también Ortega, Pérez de Ayala, Zulueta) lo que lleva a algunos a firmar manifiestos titulándose periodistas, también porque la profesión aparecía como algo prestigioso ante el público. Esas múltiples colaboraciones cabe atribuirles asimismo a razones crematísticas, pese a que la profesión de periodista no estaba bien pagada y podía incluso volverse peligrosa (son frecuentes todavía los duelos). No solo a eso, claro ya que aquí entraría la misión cívica asignada a la prensa, a su función de formar a los ciudadanos. De ahí la importancia de la palabra escrita del intelectual de renombre, del “periodismo evangelizador”. También para el propio intelectual que solo llega a serlo escribiendo en la prensa.

La tercera parte trata de la prensa y el poder y aquí aborda por extenso el tema de la censura poniéndola en relación con la dialéctica existente entre la libertad de expresión que reivindica el intelectual y la coacción ejercida por el poder en nombre del mantenimiento del orden. Libertad de expresión y censura, o tradición liberal y conservadora en materia de prensa cohabitan en la legislación y la práctica política de la Restauración, incluso durante la Segunda República ya que el poder, bajo distintas formas propendió siempre a dominar o controlar la información y a aplicar restrictivamente una legislación que podía ser marcadamente liberal en su formulación. No solo, pues hubo periodos como la Dictadura primorriverista en que la censura devino un medio de gobierno.

La práctica de la censura, que persigue dar al poder el monopolio de la palabra pública no fue en modo alguno una cosa excepcional, lo que tornó en frágil la libertad de expresión durante la Restauración y después (son muy reveladores los datos que aporta sobre el abuso de los estados de excepción). Se trató de procedimientos a menudo arbitrarios (dependiendo del criterio del gobernador de cada provincia), usados previamente o a posteriori y pueden agravarse con, las multas, la suspensión de determinados diarios o con el encarcelamiento de algunos periodistas. Durante la Dictadura, la censura se ejerce ya sin tapujos abarcando cualquier aspecto de la realidad social (hasta la literatura frívola o la tauromaquia), volviéndose, según Aubert, tentacular e imprevisible. El mismo Primo se implica directamente en la actividad periodística mediante notas de inserción obligatoria. Pero también la República evidenciará la dificultad de conciliar orden público y libertad de expresión: no marcó, pues, una ruptura en las conflictivas relaciones entre el poder y la prensa.

Frente a la censura, los abusos del poder, se opta a menudo por el uso de la ironía, moldeando el discurso propio sobre el ajeno con fines irrisorios; a la caricatura (así, Bagaría en *El Sol*, en *España*), más difícil de censurar; a las revistas literarias, que experimentan un auge (*La Pluma*, en 1924, *Política*, en 1930...). También se acudirá a las correlaciones históricas o a ciertos aniversarios, como el de la I República. O, en fin, a la sátira y el humor que pueden llegar a incomodar seriamente (caso del seminario *¡Cu-Cut!*), si bien a menudo pulsán la nota frívola y festiva, más tolerable para el poder. Durante la República serán sobre todo el humor, la sátira, los medios preferentemente usados para atacar a los gobernantes (caso de *Gracia y Justicia* y de otros medios derechistas que llegan a confundir sátira, calumnias e insultos).

La cuarta parte, de la que trataremos brevemente, se ocupa de la edición y la lectura ya que tanto como en la prensa, un público más alfabetizado encontrará en el libro un campo de expansión intelectual y cultural y un vehículo que le acercará hacia los ideales republicanos. La evolución del sector editorial y la aparición del editor responsable, el rastreo sobre lo que se pagaba por derechos de autor, la configuración, lenta, de un mercado nacional, ya que el sector de la edición tarda en asimilarse sus mecanismos culturales y económicos, la exportación del libro al mercado hispano-americano (difícil de mensurar, siendo preferible recurrir a los datos del franqueo postal) son asuntos que se tratan en esta parte, En la que también se dedica una atención particular a los editores centrado en la aparición de nuevas editoriales entre las que destaca, ya en los años 20, Calpe, por obra del imprescindible Urgoiti o, en los 30, con un carácter a menudo muy militante, algunas como Cénit,

Jasón, Zeus, sin olvidar a otras de un signo distinto, como CIAP, que quiebra en 1932. La lectura, por último, también es atendida por Aubert, pese a que en España se lee todavía poco: se trata en este capítulo, en fin, de las bibliotecas, de la institucionalización de la Feria del libro o de las medidas adoptadas por la República para favorecer el libro la lectura pues no en vano el acceso a la cultura se convierte en un derecho.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Instituto Universitario de Historia Simancas, Universidad de Valladolid

[rafael.serrano@uva.es](mailto:rafael.serrano@uva.es)